

que no tenían mas que las figuras de tales salvajes errantes con las bestias feroces en selvas cubiertas de eternas nieves, y tan crueles y sanguinarios que muy en breve se dió á aquella mision el nombre de *campo del martirio*. Sin embargo, se hicieron algunos catecúmenos y se bautizaron bastantes niños. Habiéndose aumentado la mies, se enviaron otros jesuitas, y empezaba á consolidarse aquella cristiandad reciente, cuando los ingleses, que acababan de invadir la Virginia, acometieron de improviso á los franceses, porque no querían tenerlos tan vecinos, y los obligaron á todos á volver á Europa. Algunos años después, movido el duque de Ventadour de un impulso secreto, que creyó venirle del cielo, trató de reparar una pérdida tan perjudicial á la fé. Pidió nuevos misioneros al P. Coton, el cual le dió tres, siendo uno de ellos el P. Brebeuf. Entonces se fundó propiamente la iglesia de Canadá, y se estableció con la mayor solidez, porque este hombre, comparable á los Apóstoles y á los primeros mártires, tuvo por fin la felicidad, por él apetecida, de cimentarla con su sangre, despues de muchos años de trabajos casi increíbles, y de unos triunfos proporcionados á ellos. Para perpetuar su obra no faltaba mas que un colegio, ó por mejor decir, un seminario de apóstoles, y el marqués de Gamaches fundó este establecimiento en Quebec, ciudad que acababan de edificar los franceses, para hacer de ella la capital de la Nueva Francia, y dió uno de sus hijos á la Compañía para aumentar el número de aquellos hombres apostólicos.

Comunicándose por todas partes el espíritu del concilio de Trento, y estendiéndose á todos los objetos, volvió á renovarse la celebracion de los concilios provinciales en todas las iglesias desde el centro de Europa hasta las estremidades del Levante. Tres se celebraron en el año 1612, á saber, uno al otro lado del Eufrates, en Mesopotamia, y los otros dos en las metrópolis de Aix y de Sens. A pesar del

cisma general de Oriente, y de las grandes herejías de Nestorio y Eutiques, arraigadas para siempre en aquel campo de anatema, habia allí, sin embargo, varios obispos que perseveraban en la comunión de la Iglesia romana, ó que con su desercion y reunion alternativas impedían que prescribiese el error para siempre. Tales fueron el objeto y el éxito del concilio que celebró Elias, patriarca de Babilonia, el cual recibió con respeto la profesion de fé de Paulo V (1). Por un breve del mes de noviembre del mismo año dió tambien este Pontífice la bendicion apostólica á Pedro, patriarca de los maronitas de Antioquia, y en la persona de este metropolitano á los obispos, al clero y á los pueblos de su obediencia, sujetos como él á la Silla de Roma.

En el concilio de Sens, llamado tambien concilio de Paris por razon del lugar de la asamblea, donde se hallaron con el metropolitano todos los obispos de la provincia, se condenó unánimemente el tratado de la potestad eclesiástica y secular, que habia publicado el doctor Edmundó Richer, sindico de la facultad de teología de Paris. Se declaró que contenia proposiciones y alegaciones falsas, erróneas escandalosas, cismáticas y heréticas; sin tocar, no obstante (añadia el concilio) á los derechos de la corona ni á las libertades de la iglesia galicana. Además publicó el obispo de Paris un decreto en que mandaba que se leyese esta sentencia durante la misa parroquial. Pablo Hurault l'Hopital, arzobispo de Aix, condenó igualmente en concilio con sus sufragáneos este tratado; y despues le proscribió tambien Roma.

Lo mismo habria hecho la Sorbona si no la hubiese atado las manos el Parlamento, ó por mejor decir, el primer presidente Nicolás de Verdun, que habia escitado á Richer á que escribiese aquella obra; pero no fué posible

(1) Langlet, *Tabl. Chronol. de la Hist. Univ.* año 1612.

eximirle de la humillacion de verse privado del sindicato. Quedó depuesto Richer en una asamblea de doctores, autorizados por el rey para elegir nuevo sindico; con cuyo motivo se decretó entonces, que el sindicato, que era un empleo vitalicio, no durase en lo sucesivo mas que dos años, y que además hubiese cuatro doctores encargados de disponer y arreglar las conclusiones de la facultad; cosa que hasta entonces habia hecho el sindico por sí solo. En cuanto á la censura, viendo los obispos la opresion en que se hallaba la facultad, y creyendo que en clase de depositarios de la doctrina no habia ninguna potestad que pudiese obligarlos al silencio ó impedir que defendiesen la fé, cuando estaba en peligro, conferenciaron entre sí, y convinieron en decidir del mismo modo que se habia hecho en los concilios de Aix y Sens, los cuales por consiguiente deben ser mirados en esto como representantes de toda la Iglesia de Francia.

Sin embargo, el escrito del sindico halló unos apologistas muy ardientes. Jamás ha habido obra tan poco considerable (pues no llegaba á treinta páginas) que metiese tanto ruido ni por tanto tiempo. Dupin hizo de ella unos elogios desmedidos. Al indigesto abad de San Ciran le falta poco para tratar de mentecatos á los que no aprueban su doctrina; y otros muchos la han defendido con todo el ardor propio de aquellos partidarios que desprecian la potestad pontificia, que aborrecen el gobierno monárquico, y no pueden sufrir ninguna autoridad sobre ellos. Que la obra de Richer trastorna el orden de la potestad eclesiástica, y es contraria á la esencia misma del primado apostólico, lo manifestaron claramente dos concilios, y mucho mas la indignacion general de la Iglesia de Francia; lo que dan tambien á entender sus mismos partidarios con su celo interesado en favor de un sistema que ponía á cubierto los otros errores que ellos sostienen.

Basta la primera inspeccion de este sis-

tema para convencerse de que echa por tierra todo el edificio de la autoridad monárquica. Segun Richer, cada comunidad tiene un derecho inenagenable de gobernarse á sí misma, y á ella sola, y no á ningun particular; corresponde la potestad y la jurisdiccion. «Por derecho divino y natural (dice claramente, aunque en un estilo y latin muy malo) pertenece mas bien, mas inmediata y esencialmente á toda comunidad perfecta y á la sociedad civil gobernarse á sí misma, que á ningun hombre particular dirigir la comunidad y la sociedad (1).» Este derecho le funda, como vemos, en la ley divina y natural, y por consiguiente, ha de ser un derecho imprescriptible (2); consecuencia que deduce el mismo autor con mucha serenidad, diciendo en términos espresos, que ni el traseurso del tiempo, ni los privilegios de los lugares, ni la dignidad de las personas son capaces de prescribir en esta materia. ¿Y qué se infiere de aquí? Se infiere que el mas furioso cromwelista, el regicida mas feroz es el mas digno de elogios para los partidarios de esta doctrina, si han de ser consecuentes. Asi es que el doctor Richer, segun lo que muchos años antes escribia el cardenal Du-Perron (3); Richer que, segun esta anécdota, pecaba en el fondo de la doctrina y no solamente con espresiones poco mesuradas, sostuvo públicamente en la Sorbona, que las córtes del reino eran indudablemente superiores al rey; que Enrique III, violador de la palabra dada á las mismas córtes, habia sido justamente asesinado; que todos los que le imitaban debian ser perseguidos, no solo por las armas públicas, sino tambien por los artificios y ardides de los particulares; y en fin, que Jacobo Clemente, escitado por el amor de las leyes, de la patria y de la libertad pública, habia sido su vengador glorioso. El cardenal,

(1) *De Pot. Eccl. c. 1.*

(2) *Ib. c. 3.*

(3) *Ambass. et neg. au card. Du-Perron, c. 694.*

que escribió estas particularidades á Casaubon, añadió que poseía el original de las tesis en que Richer las había consignado palabra por palabra.

Es de creer que este doctor, arrastrado como otros muchos del frenesí de aquellos tiempos, se arrepintiese por último de sus desbarros; pero su Tratado de las dos potestades contenía tantas máximas perniciosas que obligaron á decir al piadoso y sábio obispo de Pamiers, en sus Anales, que era muy temible que llegasen á producir un cisma (1). El cardenal de Richelieu, cuyo tacto seguro no se equivocaba en las cosas que podían importar á la tranquilidad pública, no omitió diligencia alguna para conseguir que volviese á adoptar Richer los buenos principios. Se sujetó en fin el doctor, ó á lo menos declaró por escrito que sujetaba su libro al juicio de la Iglesia católica romana, y á la Santa Sede apostólica, reconociendo en términos espresos á esta Iglesia por madre y maestra de todas las demás, y por juez infalible de la verdad. Pretenden sus partidarios que al mismo tiempo protestó en su testamento, que permanecía inviolablemente adicto á las doctrinas contenidas en su Tratado; pero en esto prueban que les merecen mas atención los intereses de su partido que el honor de su maestro.

Pudo la Sorbona censurar con toda libertad el libro extravagante que publicó entonces Duplessis-Mornai, con el título de *Misterio de iniquidad*. Entendía por estas palabras el Pontificado, y trataba principalmente de probar que Paulo V era el Anticristo. Aquel hombre de ilustre nacimiento, buen militar, buen político, de una prudencia admirable en los consejos, y naturalmente moderado, era un hugonote de la mas ínfima clase cuando se ofrecía á tratar de los intereses de su secta. Ya se había olvidado de la humillación que sufrió en la conferencia de Fontainebleau, donde su eru-

(1) Tom. 3, ad an. 1612.

cion, que en realidad era muy escasa, aunque le habían hecho creer que era prodigiosa, se había atrevido á medirse con el primero de los doctores católicos. Como escribía regularmente, no fué difícil persuadirle que su pluma era sublime, y quiso añadir á todos sus títulos la gloria de ser autor. Desde la primera página escitó la compasión. En el frontispicio, en el cual había agotado todas las riquezas de su imaginación, se veía la torre de Babel, emblema del Vaticano. Estaba sostenida con una especie de estaca, á la que se pegaba fuego, y al lado había un jesuita muy viejo y arrugado, que con sus ademanes rabiosos y desesperados anunciaba la próxima ruina del edificio. Por lo demás, las calificaciones que se dan al libro en la censura, demuestran bastantemente su contenido, pues se condena como furiosamente herético, muy sedicioso, contrario á las leyes divinas, naturales y canónicas, á los escritos de los Santos Padres, á las prácticas de la Iglesia católica, á las ceremonias recibidas y usadas desde la mas remota antigüedad; y en fin, como lleno de las mentiras y calumnias mas descaradas.

En el año 1613 aprobó Paulo V la congregación del Oratorio de Francia, que en el año anterior había obtenido cédula Real de Luis XIII para su establecimiento legal en aquel reino. San Felipe Neri había fundado ya en Italia, como hemos visto, un instituto con el mismo nombre, destinado á ofrecer al clero secular unos modelos de la perfección sacerdotal. Correspondiendo los frutos á los designios del santo fundador, escitaron una piadosa emulación entre los franceses que estaban animados del celo de la casa de Dios. La madre Maria de la Encarnación, llamada en el siglo madama Acaria, había proyectado este establecimiento con su director espiritual, y no tardó en conocer al hombre extraordinario, elegido por el cielo para la ejecución de esta empresa.

Había entonces en Paris, entre otros eclesiásticos

siásticos piadosos, un sacerdote de eminente virtud, hijo de Claudio de Berule, consejero del parlamento, y de Luisa Seguiet, tia del canciller de este nombre. Además de su mucha piedad, tenía gran talento, y era muy instruido especialmente en materias eclesiásticas, cuyo estudio era el que mas le agradaba, añadiendo á todo esto un tino particular para el manejo de los negocios, un espíritu de conciliación y una habilidad nada común para el arte de las negociaciones, como lo manifestó en varias circunstancias delicadas. El confesor del rey, que lo era también de madama Acaria, dijo un dia á su penitente que había aconsejado al monarca que nombrase á Berule preceptor del delfín. Conocía ella muy bien á este excelente sacerdote, que la había ayudado mucho á establecer las carmelitas en Francia, cuyo superior fué nombrado, como que era uno de los eclesiásticos mas á propósito para guiar á las hijas de Santa Teresa por los caminos sublimes que debían seguir. Fué después su visitador general, no sin grande oposición de los carmelitas, los cuales sentían que saliese de la familia, por decirlo así, la dirección de sus hermanas en el reino de Francia. En cuanto á los designios del confesor del rey acerca del presbítero Berule, le dijo en términos formales madama Acaria: «A este santo sacerdote le tiene destinado Dios para otra cosa. Fundará una sociedad de eclesiásticos piadosos y sábios, en la que el clero secular debe de hallar modelos de la vida sacerdotal y el pueblo cristiano dignos pastores.»

Apenas se establecieron los PP. del Oratorio, desempeñaron con brillantez estos dos objetos, abrazando con éxito la predicación, las instrucciones de todas clases, la dirección de las conciencias, el gobierno de los seminarios y de los colegios, en suma, todo lo que tenía relación con el servicio de la Iglesia y con la edificación del prójimo. Al mismo tiempo mostraban una piedad tierna y sólida, honrando con un culto particular, á ejemplo de su piadoso fundador,

los misterios del Hijo de Dios hecho hombre, su nacimiento, sus trabajos, todos los estados de su vida pública y privada. En cuanto á las ciencias, dieron un vuelo tan rápido, que asombraron á todo el mundo. No se había visto todavía una sociedad limitada á una sola nación, esto es, á la Francia y á algunas casas en los Países-Bajos, en la que se manifestaran de un modo tan pronto todas las producciones del entendimiento humano. Teología, conocimiento de la Sagrada Escritura y de los Santos Padres, filosofía elocuencia del púlpito, literatura, ciencia y estilo de la historia, crítica, instrucción en las lenguas sábias; en una palabra, sobre todos estos puntos ha dejado esta congregación laboriosa obras que sirven todavía de modelos. Fueron estimulados sus talentos por una sociedad mas numerosa que había allanado la carrera que seguían ambas á dos: ¡ojalá no hubiese degenerado en rivalidad la emulación del Oratorio, y que hechos jansenistas por antagonismo un gran número de sus individuos no hubiesen arrastrado, con el ejemplo de este primer extravío, á muchos de sus sucesores á precipitarse en los funestos extravíos de la revolución!

Unidos entre sí en Francia, como en Italia, los PP. del Oratorio con solos los vínculos de la caridad, eran perfectamente libres en todo el discurso de su vida. No solo no hacían ningunos votos simples ni solemnes, sino que jamás se les podía imponer la obligación de hacerlos. Así se determinó del modo mas absoluto en una asamblea ó capítulo de los diputados de todas sus casas, celebrada en tiempo del P. Condren, inmediato sucesor de Berule en el destino de superior general. En una palabra, conformándose esta congregación con los designios de su piadoso fundador, no quiso otro espíritu, como se explica Bossuet, que el espíritu mismo de la Iglesia, otras reglas que los santos cánones, otros votos que los del bautismo y del sacerdocio, ni otros vínculos que los de la caridad. Aunque tienen superiores los pres-

biteros del Oratorio, no dependen de ellos sino en cuanto quieren, y solo con respecto á la policía: por lo que se dice con mucha razon que el Oratorio es un cuerpo en que todos obedecen y ninguno manda. Si este régimen debilitó por una parte á la congregacion, la sostuvo por otra, dándola individuos que sin querer sujetarse á una dependencia que suele mirarse con algun recelo, abrazaban gustosos un estado tranquilo en que la virtud está libre de los peligros del siglo. Sirvió mucho esta congregacion para reparar las brechas que en la piedad cristiana habia hecho en Francia el calvinismo, y para reanimar el espíritu principal del sacerdocio, que es el ejemplar y la regla de los pueblos.

De uno á otro extremo del mundo cogia la Religion los frutos de la feliz mudanza que acababa de producir ella misma en las costumbres de sus ministros. Abandonando no solo las seducciones del vicio, sino tambien las inocentes dulzuras de la vida social y aun religiosa, acudian en gran número á las naciones infieles para conquistarlas á Jesucristo, prefiriendo las tierras ingratas donde solo podian prometerse abrojos y espinas. Como llegasen sucesivamente al Japon nuevos religiosos de la Compañía de Jesus, de suerte que se acercaba ya su número á ciento y treinta, sirvió esto de estímulo á las órdenes de San Agustin, Santo Domingo y San Francisco, y á muchos sacerdotes seculares. Habia revocado Paulo V las prohibiciones de sus predecesores, los cuales temieron, no sin razon, que se introdujese la discordia entre unos operarios de diferentes estados que trabajaban en una misma obra: y la fama de la floreciente iglesia del Japon habia movido á los mas célebres misioneros de las Indias orientales á dejar las demas misiones y trasladarse á aquel imperio. Sin embargo, todo se disponia en él á una persecucion general, y aun ya habia empezado en algunas provincias (1613).

Dos caballeros japones de Fingo, que en defecto de los misioneros desterrados de aquel

reino, mantenian en la fé y en la piedad á todos los cristianos que habia en él, fueron de los primeros á quienes se prendió (1). Despues de haber padecido las mayores miserias por espacio de cuatro años en una carcel tan incómoda, que solo de estar en ella habia muerto ya otro confesor, los sacaron con un dogal al cuello, y los condujeron fuera de la ciudad. Cada uno de ellos tenia un hijo, el mayor de los cuales, llamado Tomás, era como de unos doce años, y el otro, llamado Pedro, no pasaba de seis. Se dió comision á dos soldados para que fuesen á buscar á estos dos niños á la casa paterna, donde los dejaban sus parientes sin ninguna precaucion, como que estaban sin el menor recelo. Las conversaciones mas frecuentes en aquellas familias, cuyo principal cuidado era el de conservar su Religion, se reducian á tratar de la felicidad de ser cristianos; y desde el principio de las persecuciones, hablaban de la dicha de morir mártires. Estos discursos, repetidos continuamente en presencia de Tomás, apenas nacido, habian hecho tal impresion en sus tiernos órganos, que para acallarle cuando lloraba no era menester mas que decirle que no habia de ser mártir. Luego que tuvo la primera noticia de su condenacion, hizo que le pusiesen el mejor vestido, sin esperar á que fuesen á prenderle, y fué á toda prisa á presentarse á los que le buscaban. Los acompañó alegremente, encontró á los dos primeros confesores á la puerta de la ciudad, abrazó á su padre con un júbilo inesplicable, y habiéndose cansado los verdugos de esperar al otro niño, decapitaron á este con los dos confesores en el mismo parage en que se habian encontrado.

Estaba Pedro en casa de su abuelo, donde se habia quedado dormido; y habiéndole despertado, le dijeron que iban buscándole para que muriese con su padre, á quien iban á cortar la cabeza. «¡Oh, cuánto gusto me dan (dijo

(1) *Hist. del Jap. l. 9.*

el niño con la mayor viveza!.) Espera con impaciencia que le pongan el mejor vestido, coje de la mano al soldado y va corriendo al lugar donde ha de ser inmolado. Le acompañaba un gentío inmenso, y nadie podia contener las lágrimas. Llega, y el primer objeto que se le presenta es el cuerpo de su padre nadando en sangre. Se acerca sin asustarse, se arrodilla cerca del cadáver, se baja el cuello del vestido, junta sus manos inocentes, y espera con tranquilidad el golpe mortal. Al ver este espectáculo, se suscitó en todo el concurso un ruido confuso de gemidos y sollozos. Consterinado el verdugo, arrojó el sable, y se retiró derramando lágrimas. Otros dos que se acercaron sucesivamente para ocupar su lugar, quedaron no menos enternecidos: de suerte que fué necesario recurrir á un esclavo que con mano trémula y poco diestra descargó una porcion de golpes en la cabeza y espaldas de aquella tierna victima, sin que esta diese un solo grito, aunque le hizo pedazos la cabeza en vez de cortársela.

Se habia libertado la vida á la hija de uno de estos mártires; pero esto dió ocasion á un rasgo de heroismo, quizá mas sublime que el mismo martirio. Se dispuso que pasase secretamente al reino de Arima, donde se halló sin bienes, sin apoyo y sin conocer á nadie; mas no estuvo mucho tiempo en este triste abandono, porque un hombre de distincion que trataba de casar á su hijo, y que por su calidad y riquezas podia elegir entre los mejores partidos del reino, prefirió á otras dos aquella huérfana abandonada, aquella estrangera proscrita, y esto precisamente por ser hija de un mártir.

En Ozaca, á vista de la corte imperial, y cuando se esperaba una general persecucion, entraron en la iglesia de los cristianos dos niños que no llegaban á doce años, y pidieron el bautismo á un misionero con las mas vivas instancias. Les preguntó el Padre si estaban instruidos en nuestros misterios, y ellos respondieron que creian estarlo suficientemente. Los exa-

minó, y halló que decian verdad; pero no descendiendo todavia con sus deseos, se arrodillaron y protestaron, bañados los ojos en lágrimas, que no saldrian de allí sin que se los bautizase. Enternecido el Padre, y convencido de que el Espíritu Santo obraba de un modo particular en aquellas almas inocentes, les administró por último el bautismo. Algunos dias despues, el mas jóven de los dos neófitos adquirió una imágen para hacer oracion delante de ella, y la puso á la vista en el cuarto donde dormia. Luego que la vió su padre, que era un idólatra furioso, le preguntó muy sorprendido y lleno de indignacion si era cristiano. El niño confesó francamente que lo era: «¿Pues qué? (replicó el padre) ¿abandonas así nuestros dioses? Si no los adoras en este mismo instante, voy á abrirte la cabeza.» — «Padre mio (replicó el niño sin alterarse), usted hará conmigo lo que mas le agrade; pero yo soy cristiano, y lo seré hasta el último aliento.» No pudiendo el padre contener la ira, cogió al santo niño, le rasgó el vestido, y colgándole de los brazos, enteramente desnudo, le dió tantos azotes que le corria la sangre por todo el cuerpo. «¿Quieres adorar todavia al Dios de los cristianos (le decia al mismo tiempo que le estaba tratando con tal inhumanidad)?» A lo que respondia el confesor con estas palabras: «soy cristiano: quiero vivir y morir cristiano.» Convertido ya en una llaga aquel cuerpo delicado, el mismo padre se horrorizó de su brutalidad. Cesó de castigar á su hijo y le descolgó; pero no le permitió tomar mas que una camisa, sin embargo de que hacia un frio excesivo, y en este estado le tuvo espuesto á los insultos de sus parientes y aun de los criados. A tantas indignidades solo oponia el santo mártir una afabilidad angelical. Para que tuviesen fin fué necesario dar parte de ellas al gobernador de la ciudad, el cual, sumamente enternecido, á pesar de que era pagano, llamó al padre del niño, y despues de reprehenderle su barbarie con todas las señales de

indignacion, le declaró que desde aquel momento quedaba su hijo bajo la proteccion del emperador.

Pero esto no era mas que un preludio de la fatal persecucion, que no habia de cesar hasta que el cristianismo quedase esterminado en el Japon, con todos los cristianos. La desgraciada reforma de Lutero ó de Calvino fué tambien la causa de la cruel herida que recibió entonces la Religion, y que todavia chorrea sangre. Tan indiferentes son para esos falsos evangélicos el espíritu del apostolado, propio y peculiar de la Iglesia romana, y los mayores intereses del Evangelio! Envidiosos los holandeses del ventajoso comercio que hacian en el Japon los vasallos del rey de España, habia mucho tiempo que estaban buscando una ocasion para suplantarlos, cuando un navío de aquella república, mandado por un inglés, descubrió unos navegantes españoles que estaban sondeando la costa oriental del Japon. No tenian mas intencion que la de reconocer los fondeaderos mas seguros, para evitar en lo sucesivo los escollos en que se habian estrellado tantos navios; pero la malignidad de sus rivales dió á entender á los japones que en Europa se miraba aquella manobra como un acto de hostilidad; que no seria extraño que los españoles tuviesen algun desigño contra el Japon; que la España era una nacion ambiciosa que queria apoderarse de todo; que sus sacerdotes, difundidos por todas partes con pretexto de propagar su Religion, solo servian para indisponer á los pueblos contra sus soberanos naturales; y que por esta razon los reyes de Inglaterra, Dinamarca y Suecia, la república de Holanda y la mayor parte de los principes de Alemania habian echado de sus dominios á aquellos peligrosos emisarios.

Este discurso despertó las antiguas sospechas y los recelos que estaban ya casi enteramente olvidados, é hizo la mayor impresion en el ánimo del Cubosama, esto es, del prin-

cipe regente y tutor del emperador, porque habia formado el desigño de arrebatar el trono á su pupilo y temia una sublevacion general de los cristianos en favor de aquel soberano legitimo que estaba en una especie de esclavitud, aunque habia llegado ya á la mayor edad. El tutor tomó secretamente sus medidas, espíó las ocasiones favorables, y habiendo sobrevenido en aquel tiempo los reve- ses del rey de Arima, de cuyas resultas quedaron los fieles casi sin gefe, se declaró contra ellos, y publicó en el año 1613 un edicto que proscribia para siempre el cristianismo en toda la estension del imperio. Sin embargo, derramó muy poca sangre, y se contentó al principio con desterrar á algunos de los principales señores de la corte; pero en los setenta y dos reyes que dependian del imperio solo encontró viles aduladores, que se esmeraron en complacerle á espensas de la sangre cristiana.

Abrió la escena, como correspondia en aquella tragedia bárbara y sacrilega, un príncipe adúltero, apóstata y parricida. Suchendono, hijo primogénito del rey cristiano de Arima, se abandonó de tal suerte, despues de haber sido cristiano él mismo mucho tiempo, que llegó á repudiar á su virtuosa esposa, la reina Julia, de la cual tenia hijos, y á casarse con una furia que introdujo la discordia y todas sus atrocidades en aquella corte religiosa. Principió esta muger malvada por apagar la fé cristiana en el corazon de su esposo, y luego no le fué difícil inspirarle el deseo parricida de ocupar el trono paterno, y moverle á maquinarse en efecto contra el mejor padre, y á acusarle calumniosamente al emperador, al cual le desterró desde luego, y por último, reiterándose las calumnias, mandó que le cortasen la cabeza. Apenas el nuevo rey de Arima ocupó el trono, humeante todavia con la sangre de su padre, se vieron en todos sus Estados horcas y hogueras para acabar con los cristianos. El príncipe renegado idolatraba en

su nueva esposa, la cual miraba al cristianismo con todo el odio de que es capaz una muger de semejante carácter, por donde se puede formar idea del rigor de la persecucion.

En un reino en que la piedad de los dos reyes precedentes no habia dejado un idolatra conocido, se mandó con las amenazas mas terribles que se prestase juramento de fidelidad al nuevo soberano, invocando á los dioses tutelares del imperio. Despues de esto se persiguió con rigor á algunos cristianos de los mas principales para intimidar al pueblo, dando principio por la reina repudiada. Sus pocos años y su hermosura, su talento y su virtud acusaban al rey de infidelidad, y producian en la reina adúltera no menos inquietudes que furor y celos. Fue condenada, como cristiana, al destierro, segun hemos visto que se usaba en el Japon, esto es, á un abandono mas triste que la misma muerte; y pasó el resto de su vida en una choza de paja, donde carecia de todo, y gozaba sin embargo una satisfaccion, que decia ella misma no haberla experimentado igual en su mas próspera fortuna.

Se persiguió despues á una familia entera, no menos ilustre por su calidad que por su religion. Hallandose en la corte Tomás Onda, que era el gefe de ella: «me consta (le dijo el rey) que eres cristiano; pero yo pretendo que tú y todos los tuyos mudéis de religion al momento.» — «Señor (replicó Tomás): el buen soldado no abandona jamás la bandera de su capitan; y aunque sea necesario perder la vida, no me separaré yo de la de Jesucristo. Inútil será que me hagais nuevas instancias.» Dichas estas pocas palabras se retiró, y no pensó ya en otra cosa que en prepararse al martirio con la oracion y con el ejercicio de las virtudes mas perfectas. Entretanto fué á aconsejarle un amigo suyo que se ocultase por algun tiempo, ó que á lo menos pusiese en cobro á sus hijos. «Me guardaré muy bien de eso (respondió el generoso confesor). En ninguna parte estaremos mejor

mis hijos y yo que bajo el filo de la espada que da la corona de la inmortalidad. Esta es toda la fortuna que apetezco para mí y para mi familia.» El día siguiente envió á llamarle el gobernador, diciendo que tenia que tratar con él un asunto. Al instante comprendió Onda el objeto de su visita. Fue, pues, á buscar á su madre, la cual habia recibido en el bautismo el nombre de Marta, y podemos colocarla entre las Perpétuas y Felicitas en los fastos de las heroínas cristianas: se arrodilló delante de ella y la pidió su bendicion; llamó despues á dos hijos que tenia, los bendijo, los abrazó con cariño, y habiendo predicho á su hermano Matias que no tardarian en enviar por él, pasó alegremente á casa del gobernador. Para sostener este su ficción le habló desde luego de algunos asuntos, é hizo que se quedase á comer con él. Mientras ponian la mesa, mandó que le llevasen un sable, le desvainó, y presentándole á Onda, le preguntó qué le parecia. Tomóle Onda, le besó con respeto, y devolviéndole al gobernador: «esta es (dijo) una arma escelente para cortar la cabeza á un convidado que sabe muy bien que esto es lo que le preparáis.» Sin replicar el gobernador levantó el brazo, y descargó en el mártir un golpe tan terrible que le dejó muerto en el sitio.

No estuvo mucho tiempo Matias sin verificar la profecía de su santo hermano, y tuvo una suerte perfectamente igual á la de aquel primer mártir. Despues se anunció á su madre Marta que se la habia condenado por la misma causa con los hijos de Tomás. Su primer movimiento fué una alegría tan grande, que manifestó del modo mas persuasivo que habia llegado al colmo de sus deseos. Despues de dar gracias al Señor, llamó á sus dos nietos, el uno de los cuales tenia doce años, y el otro diez. «Moriremos tambien nosotros (la preguntaron con precipitacion).» — «Sí, queridos hijos míos (respondió su abuela).» — «¡Oh! ¡qué gozo! (esclamaron) ¡morir mártires!» Solo se advirtió tristeza en su madre Justa, que no estaba com-